

ISABEL ALBA

LA DANZA DEL SOL

BARCELONA 2018



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Isabel Alba Rico
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-31-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 22 744-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

VIERNES

II

SÁBADO

83

DOMINGO

183

Agradecimientos

213

Las personas no son capaces de decirse nada
unas a otras, mas sí de contarse todo.

BERNARD VON BRENTANO,
citado en una carta de Walter Benjamin

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios estaba incubando sobre la superficie de las aguas.

Dijo Dios: «Sea la luz»; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero.

Dijo luego Dios: «Haya firmamento en medio de las aguas, que separe unas de otras». E hizo Dios el firmamento, separando aguas de aguas, las que estaban debajo del firmamento, de las que estaban sobre el firmamento. Y así fue. Llamó Dios al firmamento cielo, y hubo tarde y mañana, segundo día.

Dijo luego: «Júntense en un lugar las aguas de debajo de los cielos, y aparezca lo seco». Así se hizo; y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas, mares. Y vio Dios ser bueno.

Dijo luego: «Produzca la tierra brotes de hierba verde con semilla, y árboles frutales cada uno con su fruto, según su especie y con su simiente, sobre la tierra». Y produjo la tierra brotes de hierba verde, cada uno con su semilla, y árboles de fruto con su semilla cada uno. Vio Dios ser bueno; y hubo tarde y mañana, día tercero.

Dijo luego Dios: «Haya en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche, y servir de señales a estaciones, días y años; y luzcan en el firmamento de los cielos, para alumbrar la tierra». Y así fue. Hizo Dios los dos grandes luminares, el mayor para presidir el día, y el menor para presidir la noche, y las

estrellas; y los puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra y presidir el día y la noche, y separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios ser bueno, y hubo tarde y mañana, día cuarto.

Dijo luego Dios: «Llédense las aguas de animales, y vuelen sobre la tierra aves debajo del firmamento de los cielos». E hizo Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas, según su especie. Y vio Dios ser bueno, y los bendijo, diciendo: «Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y multiplíquense sobre la tierra las aves». Y hubo tarde y mañana, día quinto.

Dijo luego Dios: «Brote la tierra seres animados según su especie, bestias, reptiles y vivientes de toda especie». Y así fue. Hizo Dios todos los vivientes de la tierra según su especie, las bestias, según su especie, y todos los reptiles de la tierra, según su especie. Y vio Dios ser bueno.

Díjose entonces Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre las bestias, y sobre toda la tierra y cuantos animales se mueven sobre ella». E hizo Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo hizo, y los hizo macho y hembra; los bendijo Dios, diciéndoles: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra». Dijo también Dios: «Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la faz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento. También a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los vivientes que sobre la tierra están y se mueven, les doy para comida cuanto de verde hierba la tierra produce». Y así fue.

Y vio Dios ser bueno cuanto había hecho, y hubo tarde y mañana, día sexto.

Así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo. Y rematada toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había hecho y obrado.

Éste es el origen de los cielos y la tierra cuando fueron creados.

Génesis 1 y 2, 1-4

VIERNES

El mejor día en que se levanta el sol es el viernes. Es el día en que fue creado Adán, el día en que entró a los jardines del Paraíso, el día en que fue expulsado de allí, y también el día en que murió. En viernes tendrá lugar la Resurrección.

Hadiz atribuido a Mahoma

EL VIAJE

El paisaje es más o menos el mismo durante todo el camino. Campos amarillos salpicados de edificaciones irregulares. Hoteles solitarios en tierra ocre con algún camión aparcado en la puerta y un cartel que anuncia: BAR. Un pueblo, a lo lejos, de casas apiñadas, primero grises, más tarde blancas, como encogido sobre sí mismo. Fábricas, gasolineras, un taller de reparaciones. Coches por todas partes. Y cuando el aire empieza a oler a húmedo y a sal y a rachas a pescado podrido, los rascacielos. Edificios de color naranja, gris, verde, altos, de formas inimaginables, pegados a veces los unos a los otros, a veces solitarios, casi perdidos en la nada, que se yerguen contra un cielo sin nubes. De las ventanas cuelgan prendas de ropa, sobre todo toallas y bañadores, que ondean tiesas, reseca por el sol. Entre los edificios, sobre los campos pelados, detrás de las fábricas y los hoteles, aparecen, de pronto, como piezas de un puzle aún por montar, pedacitos azules irregulares, tan discordantes con el resto del paisaje como si los hubieran arrojado ahí por error.

Es el mar.

Playas doradas
Cremas solares

Tumbonas

Colchonetas de colores

Latas de cerveza

Sombrillas

Chiringuitos

EDIFICIO ACUAZUL. PLANTA
DÉCIMA. PUERTA 7B

TAMER AL-ZAHAR: 20 AÑOS. ESTUDIANTE
DE GRADO MEDIO EN HIGIENE BUCODENTAL

Limpia el Kalashnikov cuidadosamente con un trapo. Lo siente frágil, perdido entre sus manos, como si pudiera resbalársele en cualquier momento y estallar en pedazos contra el suelo. Va vestido con un pantalón de chándal azul, con dos finas rayas blancas verticales en la parte externa de cada pernera, y una camiseta blanca con el escudo del Real Madrid. Antes era del Real Madrid. También Abdu, su hermano mayor. Su padre no. A su padre nunca le gustó el fútbol. Está sentado en una silla de madera oscura delante de la ventana de la habitación. Al otro lado se extiende un paisaje árido, estéril como el desierto, sobre el que se levantan apiñados, disputándose el espacio, edificios tan altos como el suyo, todos diferentes y al mismo tiempo iguales. El exterior que lo rodea se parece a su cabeza, que está clara y confusa al mismo tiempo. Su cabeza es un revoltijo de luz y de sombras. Deja el trapo en la mesa. La mesa está cubierta con un pedazo de hule blanco. Hay una mancha redonda, de café, en el sitio en que esa misma mañana ha posado la taza. Piensa en un pájaro. Un pájaro muerto. Como los que mataban a pedradas cuando eran niños. Quizá lo que lo lleva a confusión son esas imágenes que lo asaltan para escapársele antes de que pueda aferrarlas. Como el pájaro. Sombras. Se sobreponen sobre la luz. Pero no duda. La realidad es el círculo marrón del café reseco sobre el hule blanco. No el pájaro. Pone una mano en el cristal de la ventana. La extiende abierta. El cristal está caliente. Cuando ha quitado la mano de encima del Kalashnikov para posarla

en la ventana, ha sentido aún más su peso sobre las rodillas. Lo ha apretado con fuerza entre las piernas, para que no resbale y se estrelle contra el suelo. Está frío. En los balcones del edificio de enfrente, en los balcones de los edificios que se yerguen a su derecha y a su izquierda, hay ropa tendida. Se balancea al viento. Toallas de colores, bañadores, ropa interior, sábanas estampadas. Hay ventanas abiertas y ventanas cerradas. Cortinas echadas, persianas a medio bajar. Sabe que, aunque no lo vea, el mar se esconde tras los edificios. El mismo mar que circundaba su barrio. El mar en el que chapoteaba de niño. En su barrio también se apelotonaban edificios de diferentes tamaños y colores, no eran tan altos, pero estaban todavía más pegados los unos a los otros, casi empujándose para hacerse sitio. También en su barrio había ropa tendida en las ventanas. En la suya la colgaban todos los días sus hermanas. Aisha, la más pequeña, tenía que ponerse de puntillas como una bailarina para alcanzar la cuerda. El pájaro no existe. Sólo la mancha de café sobre el hule blanco. Afloja las piernas, coge el Kalashnikov con cuidado con las dos manos y lo deja sobre la mesa. Se levanta. Estira las piernas. Recorre la habitación a grandes zancadas. No lleva zapatos, sólo unos calcetines de deporte blancos bastante sucios. En la habitación, además de la mesa con el hule blanco y la mancha circular de café y la silla en la que estaba sentado hace un momento, hay otra silla, de plástico negro, y un sofá de escay rojo con desgastados almohadones estampados, sobados por cientos de cuerpos que se acomodaron en ellos antes que el suyo, una mesa baja de cristal y, enfrente, en la parte central de un aparador vacío, un televisor ancho y pesado, de los antiguos. Mientras camina, hace recuento de todas las casas en las que ha estado con su hermano en los últimos meses. Los baños en los que se ha duchado. Las camas en

las que ha dormido. Las sillas en las que se ha sentado. Mira el móvil. Vuelve a la mesa. Coge el Kalashnikov con cuidado y lo guarda en el armario, envuelto en una manta, junto a las mochilas. Se pone las zapatillas de deporte, sale al descansillo y cierra la puerta del apartamento con llave. Se mete la llave en el bolsillo del pantalón y llama al ascensor. Mientras espera, cuenta el dinero que aún le queda y se pregunta cuánto tardará en volver su hermano. Las puertas se abren. Entra y pulsa el botón de la planta baja. Las puertas se cierran. Dentro no está el pájaro. Sólo su rostro revolotea tenso y serio en el espejo.